

¿DE QUÉ SUFRIMOS LOS PSICOANALISTAS?

Horacio C. Foladori
Psicoanalista, grupalista, institucionalista.
Académico asociado de la U. de Chile de pre y postgrado.
Miembro honorario y docente
de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA).
Consultor institucional.
Sus últimos libros:
(2017) Malestar en el trabajo. Desarrollo e intervención;
(2017) Pensar en grupo;
(2015) Intervención grupal y poder.
foladori@vtr.net.
Santiago de Chile.

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Foladori. H. C (2018) ¿DE QUÉ SUFRIMOS LOS PSICOANALISTAS?
Intercambio Psicoanalítico 6 (1), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.1/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

¿DE QUÉ SUFRIMOS LOS PSICOANALISTAS?

Horacio C. Foladori¹

1 Psicoanalista, grupalista, institucionalista. Académico asociado de la U. de Chile de pre y postgrado. Miembro honorario y docente de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA). Consultor institucional. Sus últimos libros: (2017) Malestar en el trabajo. Desarrollo e intervención; (2017) Pensar en grupo; (2015) Intervención grupal y poder. Correo electrónico: foladori@vtr.net. Santiago de Chile.

Resumen: El estudio que se presenta busca identificar algunos factores que producen sufrimiento en el ejercicio profesional del psicoanalista, independientemente de aquellos atribuibles a su propia neurosis. Así, se comienza por deslindar el campo de investigación dejando de lado los factores que estarían vinculados con las características de personalidad del analista para centrarse en las diversas instituciones que atraviesan la práctica analítica en tanto una práctica profesional enmarcada en regulaciones institucionales diversas. Se consideran entonces los fenómenos que provienen del sufrimiento institucional como puede ser el sufrimiento ético, el pertenecer a una institución analítica que se distancia de su tarea primaria, el asunto del reconocimiento por su labor, así como ejercer una profesión que se define como profesión liberal.

Palabras Clave: institución, sufrimiento institucional, profesión de psicoanalista.

*“Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida.”
Confucio*

Este trabajo abordará el asunto del sufrimiento del analista. Los analistas estamos acostumbrados a leer el sufrimiento en los pacientes, lo que los hace concurrir y solicitar consulta. Hablamos del sufrimiento propio de la neurosis del paciente, aquel que se produce como efecto de las dificultades para asumir y realizar los deseos propios, en tanto una cierta censura objeta su realización. Este es el sufrimiento producto de la neurosis del paciente... o del analista. De este tipo de sufrimiento no se trata esta investigación, ya que es producto de la vertiente individual del analista. Véase el trabajo de Langer (1963) o el de Rodrigué (1977), o los enfoques grupales (Abadie, 1959) o los estudios de clima organizacional (Thompson, 1959), o el sufrimiento efecto de identificaciones (Grinberg, 1959), Garma (1959), Liberman (1959) y otros². Todos ellos remiten en última instancia a la problemática edípica, que se “resuelve” finalmente en el marco de la transferencia.

2 En 1959 la Asociación Psicoanalítica Argentina se vio en la necesidad de realizar un Simposio para discutir en torno a las Relaciones entre Analistas, en vista de que luego de 15 años de haber sido fundada las tensiones internas dificultaban el trabajo. Lamentablemente, el material publicado solo da cuenta de lecturas e interpretaciones psicoanalíticas sobre la misma organización, como si esa fuese la única lectura posible.

De lo que sí se trata es del sufrimiento efecto de su ser analista, esto es, de ejercer una profesión en el marco de la división social y técnica del trabajo (Lourau, 1971), del analista como prestador de un servicio en un todo social, vale decir del ejercicio de una profesión que está de diversos modos institucionalizada.

I.- El sufrimiento institucional y de la institución psicoanalítica

Entonces se trata de interrogar y precisar el malestar (Freud, 1930) particular de un tipo de trabajador que en el sistema se identifica con un hacer instituido, vale decir, con ser psicoanalista al amparo de una institución analítica³. Es decir, nos interesa abordar el sufrimiento que se produce en los psicoanalistas por pertenecer a la institución analítica, el sufrimiento como cuerpo institucional. Como muy bien lo aclara Kaës (1989) no es que la institución sufra; el sufrimiento institucional tiene que ver con aquel tipo particular de sufrimiento que se produce en y a partir del espacio institucional, tiene que ver con y por pertenecer a una institución, en este caso psicoanalítica, por abrazar una teoría que norma su hacer. Ampliaremos este aspecto.

El tema del sufrimiento que produce la sociedad analítica no es nuevo. Balint (1948, p. 164) trató el tema en una conferencia en la British Society acerca del sistema de formación de analistas: "El objetivo de mi artículo es el de investigar en las posibles causas de esta inhibición (en el pensar) que previene una adecuada discusión científica sobre el tema de la formación y mostrar que estas causas influyen nuestro sistema de formación actual de una manera insana". Más adelante, profundizando aclara: "Esta clase de inhibición del pensamiento es el primer síntoma sospechoso de la formación. El segundo síntoma que quiero discutir es la tendencia de nuestro sistema de formación a ser dogmático en una tendencia que se observa alrededor del mundo". La insanía a la que se refiere Balint toca directamente el proceso de formación, pero indirectamente es una pregunta y cuestionamiento por la sociedad analítica que construye dicho proceso y que ampara una forma de funcionar productora de malestar.

³ Es cierto que no todo psicoanalista está institucionalizado, en el sentido de pertenecer a una institución analítica. Sin embargo, como prestador de servicios profesionales, paga impuestos, se aviene a un cierto patrón de comportamiento, a un ideal de ser analista, a una cierta teoría y a un estilo de trabajo que lo identifica. En suma, podemos decir que todo psicoanalista está institucionalizado por diferentes pertenencias institucionales. Los no pertenecientes a las instituciones psicoanalíticas en todo caso cuentan con una determinación institucional menor.

Balint no es el único que observa este síntoma de inhibición del pensamiento (síntoma grave si se piensa que Freud insistía en la semejanza entre el arte y la práctica analítica) y falta de creatividad en la producción de analistas. Hay una amplia gama de autores que llegan a similares conclusiones. Ver, por ejemplo, también a Nacht, Lebovici y Diatkine (1961) y sobre todo a Bernfeld (1962, p. 468): "En psicoanálisis, como en todas partes, la institucionalización no estimula el pensamiento".

Todos ellos se quejan de adoctrinamiento: Balint sostiene que "Hay amplia oportunidad durante el análisis didáctico para cambiar un candidato independiente o indiferente en un ferviente prosélito" (Ibid., p. 170).

Tal vez valga la pena detenernos un instante para calibrar la gravedad de la afirmación de Balint. Para él, los analistas didácticos hacemos proselitismo durante los análisis. ¿No refleja esto una clara pérdida del lugar de analista? La pregunta es por la implicación del analista didáctico y cómo ésta determina su práctica. Por su parte Bernfeld (Ibid., p. 480) da cuenta de una cierta patología que la institución analítica produce en sus candidatos: "El análisis personal de todos modos tiende a infantilizar temporalmente al analizando y hasta un cierto grado. Cuando nosotros lo incorporamos a un sistema escolar en el cual el alumno es tratado como un objeto de reglas abstractas, esta infantilización se intensifica". Por tanto como resultado de este proceso regresivo se produce una distorsión en lo que es la visión del estudiante del psicoanálisis, que le dificulta verlo como una "herramienta para fortalecer la independencia intelectual, emocional y social".

Entiendo que estas observaciones han de ser consideradas e investigadas, sin embargo, en este artículo pretendo mantener una amplitud que permita detectar focos específicos de malestar y sufrimiento comunes a todos los analistas más que centrar la discusión en el proceso de formación, importantísimo pero efecto a su vez de lo más general.

Veamos, por tanto, algunos tipos de sufrimiento detectados.

1. El sufrimiento ético.

En la investigación en psicodinámica del trabajo que realiza Dejours, comienza a hacerse visible una contradicción: aquella que opone lo que debe ser realizado según cierto compromiso con el trabajo - y con el destinatario de éste en el caso de servicios -, con algunas órdenes emanadas de la autoridad que pretenden contravenir algunas prácticas y compromisos. Donde esta oposición es más drástica es en los trabajos vinculados con ventas, en los que al primar el interés comercial de la empresa se perjudica conscientemente al público derechohabiente o interesado en obtener un servicio.

Aparece entonces un asunto que dice de la relación entre trabajo y el sistema de valores que lo sustenta. Dice Dejours (2017):

"Hace poco los asalariados no habrían aceptado obedecer a estas órdenes terminantes que son contrarias a sus valores de los servicios públicos y de la lealtad con respecto a los usuarios. Pero hoy, el asalariado vacila. Porque todos los demás, tanto dirigentes como los colegas, los ejecutivos y los subordinados, todo el mundo consiente en poner su celo al servicio de acciones que la conciencia moral reprueba. Se abre aquí un capítulo nuevo en clínica del trabajo, del sufrimiento ético, es decir del sufrimiento en contacto con la experiencia de la traición de sí mismo. Lo que es grave, aquí, desde el punto de vista psicopatológico, es que un cerrojo suplementario de la sublimación es violado: "Nuestra escala social de valores" (p. 39).

Así, hay un sufrimiento que es producto de la "traición a sí mismo" - traición a cierta escala de valores - que entra en contradicción con los mecanismos de sublimación poniéndola en duda y recortando un elemento que es poderoso para producir salud. Por el contrario, esta violación de la propia ética aparece como un cuestionamiento a sí mismo que tiene efectos inmediatos sobre la producción de identidad, deteriorándola.

De tal modo, el modelo económico dominante, tanto como la estructura institucional jerarquizada, privilegian el sometimiento de las personas a su cargo en detrimento de la ética del trabajador, que en muchos casos es la única dignidad que le queda en la que sostenerse. Si bien "cumplir órdenes" puede ser un mecanismo válido en el ejército, es dudoso que lo sea en contextos en que los profesionales han de poner en juego su saber y creatividad para poder solucionar los problemas del otro como demandante. La institución entonces fuerza por medio del ejercicio de su poder una práctica que es atentatoria contra el narcisismo de sus miembros. Por este medio la institución se desliza desde el ejercicio reconocido de su autoridad a la imposición de medidas que solo son posibles bajo el recurso del autoritarismo (Foladori, 2012).

Corresponde entonces mostrar de qué manera los principios descubiertos por Dejours pueden ser aplicados al trabajo que realiza un psicoanalista. Tómese, por ejemplo, el asunto de la regla de abstinencia. Freud (1918, p. 158) dice: "...la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación - de abstinencia".

Más adelante aclara: "Si la descomposición y desvalorización de los síntomas lo han mitigado, tenemos que erigirlo en alguna otra parte bajo la forma de una privación sensible; de lo contrario corremos el riesgo de no conseguir nunca otra cosa que unas mejorías modestas y no duraderas". Entonces discute cómo el paciente busca reemplazar sus síntomas por nuevas satisfacciones sustitutivas, concluyendo terminantemente:

“En todas estas situaciones, la actividad del médico debe exteriorizarse en una enérgica intervención contra las satisfacciones sustitutivas. (...) El enfermo busca la satisfacción sustitutiva sobre todo en la cura misma, dentro de la relación de transferencia con el médico, y hasta puede querer resarcirse por este camino de todas las renunciaciones que se le imponen en los demás campos. (...) en la cura es preciso mantener el estado de privación” (p. 159).

Establecida esta regla y de manera tan terminante, comienzan a fluir situaciones en las que la abstinencia es claramente olvidada, por no decir ignorada. ¿Cabría en esta categoría el asunto de fumar durante la sesión, la presencia de pañuelos de papel accesibles desde el diván como parte del “servicio” que el analista brinda o incluso permitir que el paciente tome café o coma algo durante el análisis? En Europa se dio una amplia discusión cuando se instalaron los seguros médicos que incluían en algunos países casi 300 horas de análisis anuales. El seguro - burocratizado- suponía una serie de informes que el analista tendría que enviar para dar cuenta del avance del tratamiento. El pago era relativamente bueno y duradero por lo cual, en un pacto tácito muchas veces ni siquiera aludido, analista y paciente gozaban de los beneficios del mismo. El paciente sabía que cada tanto el analista debería dedicar varias horas adicionales a las de la consulta para completar la información, para poder así continuar con el análisis. Se discutió si este procedimiento en el fondo no enlentecía los análisis.

También en nuestro medio es común que los pacientes soliciten del analista el “llenado” del formulario para que los seguros de salud les devuelvan dineros que cubrirían en todo o en parte los honorarios del analista, con todos los trámites de inscripciones diversas que han de ser realizadas.

En Chile entregamos una boleta a cambio del pago de los honorarios, porque así lo ha establecido el Estado y, sobre todo, porque ningún analista desea correr el riesgo de que a causa de la transferencia negativa pueda ser denunciado y tenga que vérselas con juicios y multas de la Dirección General Impositiva.

Me consta que algunos analistas indican al paciente, como parte del encuadre, que debe pagar la cantidad mensual justa ya que no le devolverán el excedente, cosa de evitar la satisfacción sustitutiva. En ciertos círculos se evitaba saludar de mano al paciente.

El paciente se dará cuenta prontamente que la relación analítica no es una relación social y que no puede esperar del analista más que intervenciones verbales; nada de satisfacciones sustitutivas. Es parte de la teoría, es parte del dispositivo, el paciente no tiene por qué saberlo, pero lo aprende en los hechos si el analista se sostiene.

Pero, ¿qué ocurre cuando la propia institución psicoanalítica exige violaciones a la regla de abstinencia en lo que tiene que ver, ni más ni menos, con la formación de futuros analistas? En aquellas instituciones que cuentan con didactas, es una práctica habitual que el comité de enseñanza se reúna con ellos para discutir sobre la marcha de los candidatos, violando el secreto profesional. En muchas instituciones el análisis personal del candidato es un asunto de control, por lo que cierta notificación ha de ser extendida para garantizar que el candidato continúa en análisis según las condiciones estipuladas por el reglamento institucional⁴, una regulación pensada al margen de la esencia misma del psicoanálisis. Otro aspecto a considerar en el rubro del sufrimiento ético tiene que ver con contradicciones que se presentan ante la situación del contrato terapéutico. En la época de Freud se trabajaba seis veces a la semana con un público económicamente solvente.

Pero en el Congreso de Budapest Freud plantea el deseo de poner el psicoanálisis al servicio de las grandes masas, lo que años después da origen a la Clínica de Berlín, organizada alrededor de una asistencia gratuita. Hoy en día estamos lejos ya de las posibilidades económicas de los años 20.

Podría pensarse que se ha producido una inversión en el sentido de determinar la frecuencia de sesiones a partir de las posibilidades económicas más que por criterios psicopatológicos estrictos. En rigor es el paciente el que determina la frecuencia más que los criterios teórico-técnicos. Este desliz si bien garantiza que el paciente pueda ser atendido, también asegura para el analista contar con el paciente. De esta alianza inconsciente no se puede dar cuenta, no se habla. ¿No supone esta disyuntiva un asunto ético? Y si es así, ¿este efecto no es productor de sufrimiento psíquico en el analista? La violación a la regla de abstinencia, a la del secreto profesional y a otras reglas que se establecen en el dispositivo de análisis son productoras de sufrimiento, preocupación y malestar en los analistas, ya que se sabe que no se está trabajando acorde a lo prescrito, sino que manipulando el contrato que se estableció con el paciente. Todas estas satisfacciones sustitutivas podrían ser justificadas, racionalizadas con abundantes argumentos. Lamentablemente, sabemos que son solo eso: violaciones a reglas de procedimiento que atentan contra la ética profesional que decimos sostener. En suma, estas violaciones son productoras de sufrimiento.

4 El "requisito" del análisis personal o didáctico pudiera ser pensado de otro modo: El análisis del candidato ¿es un asunto de control o de testimonio? De hecho, psicoanalistas lacanianos se niegan a emitir la mentada constancia.

2. El asunto de la tarea primaria de la institución.

Ha sido René Kaës quien ha puesto el énfasis en la relación entre el objetivo y la misión de la institución y su realidad cotidiana.

Para Kaës (1989; 1998) los indicadores del sufrimiento psíquico institucional pueden ser deducidos de dos fuentes: la escucha del discurso emanado de los miembros de la institución o también a partir de ciertas conductas institucionales sintomáticas. El investigador sostiene que en la institución, el activismo, la investidura de labores secundarias o la burocracia son recursos que no solamente dan fe de la ausencia del espacio para pensar, sino que además aportan a sostener el pensamiento apartado de toda su actividad. En rigor, sostiene el autor, se podría deducir que estos síntomas anuncian el debilitamiento o la eliminación de dispositivos de contención de las ansiedades primitivas, en el sentido de las tesis sostenidas por Jacques (1979).

Así destaca Kaës (1998, p. 36): "...con la regresión paranoide, el ataque envidioso contra los vínculos y las identificaciones con los objetos atacados o atacantes constituyen las manifestaciones más comunes del sufrimiento patológico agudo en las instituciones".

Kaës sostiene así tres causas del sufrimiento en las instituciones: la primera causa es inherente al propio hecho institucional; la segunda a cierta institución en particular, su estructura social y su estructura inconsciente propia. Y la tercera dice a la configuración psíquica del sujeto singular.

Señala - resumo su postura - que lo anterior supone una pregunta por quién es el

sujeto del sufrimiento institucional, lo que lo lleva a determinar:

"(...) la institución, objeto psíquico común, no sufre. (...) sufrimos de nuestra relación con la institución, dentro de esta relación (...) sufrimos del hecho institucional mismo en razón de los contratos, pactos y acuerdos, inconscientes o no, que nos vinculan recíprocamente en una relación asimétrica, desigual, donde se ejerce necesariamente violencia, donde se experimenta necesariamente la distancia entre por un lado las exigencias restrictivas y los sacrificios o abandono de los intereses del Yo, y por otro los beneficios esperados. Aclaro que sufrimos también de no comprender la causa, el objeto, el sentido y el sujeto mismo del sufrimiento que experimentamos en la institución" (p. 37).

Muestra que también hay otra fuente de sufrimiento que va asociada a los trastornos en la constitución de la ilusión fundadora y a los defectos de la desilusión.

Todos estos aspectos aparecen condensados en lo que Kaës ha llamado “los obstáculos para la realización de la tarea primaria”. La tarea primaria es un concepto central en la teoría del autor ya que hace a la razón de ser de la institución, a su proyecto, a su misión, al motor de su existencia y define la naturaleza del vínculo que se establece con todos aquellos que trabajan en su interior y con aquellos que pertenecen a otras instituciones en el exterior. Si la tarea primaria de algún modo no se cumple, no se realiza total o parcialmente, la institución no permanece. Pero este asunto es complejo ya que la tarea primaria supone otras tareas no primarias. Dicho de otro modo, los integrantes de la institución no realizan únicamente la tarea primaria sino que se abocan a tareas colaterales, a otras cuestiones que no están en el centro de la tarea primaria o ni siquiera en la periferia de ésta. Esto es lo que resulta en la producción de sufrimiento.

De manera simplista podría pensarse que el grado de sufrimiento institucional tiene que ver con el nivel de saturación que la institución realiza de su tarea primaria.

Un efecto colateral del tratamiento que la institución da a su tarea primaria tiene que ver con la “instauración y mantenimiento del espacio psíquico dentro de la institución”. Cuando lo instituido domina a lo instituyente, que es cuando en lo concreto el aumento de la burocracia se realiza a expensas del proceso, resulta una inhibición de la capacidad asociativa, de las posibilidades de pensar, de la creatividad, lo cual implica una sensible contracción del espacio psíquico, cuyo efecto inmediato se verifica en las sensaciones de malestar y sufrimiento.

De lo que se trata es de comprender que el cumplimiento de la misión institucional se ve de una u otra manera dejado de lado ante la irrupción de “urgencias” institucionales que van abarcando el mayor tiempo de su quehacer. Así, se producen distorsiones en el funcionamiento institucional en el sentido de privilegiar lo actual por sobre el futuro. De este modo, los participantes de la institución comienzan a sentir que el cumplimiento de sus objetivos es cada vez más lejano.

Piénsese por ejemplo en cómo la burocracia comienza a crecer desmesuradamente en el espacio institucional y cómo la formalización de los procesos, en muchos casos no garantiza que se llegue a buen puerto, sino que por el contrario la protocolización se instala como una forma de control más que como un camino para alcanzar el objetivo.

Es cierto que la institución no puede escapar a su encargo de tener que reproducir el Estado (Lourau, 1983), aunque no se de muy bien cuenta de ello, ni de cómo se produce. Se suceden así reuniones en las que lo que se resuelve difícilmente puede ser aplicado como el acuerdo de los miembros. Se opone de este modo la misión que la institución dice sostener con otra misión tácita que le encarga el Estado, que la convierte en un ente controlador más de lo socio-político, encargo que, al no poder ser hablado, no hay posibilidad de tomarlo en cuenta para intentar desmarcarse de tal compromiso.

Lo que Kaës señala es que para que alguien pueda trabajar en una institución ha de darse una cierta coincidencia entre el proyecto institucional y el proyecto personal.

Proyecto personal que pasa sistemáticamente por la construcción de la identidad personal a través de la relación de producción (trabajo) en la que el encuentro con el mundo es central como desafío de modificación. Por ello, la institución en su objetivo de realización y en su misión social ofrece al trabajador una forma de auto-producirse en la medida en que labora produciendo y cumpliendo con la misión institucional.

Pero ocurre que por la pérdida del norte, de la tarea primaria institucional, la institución desarrolla otras tareas que postergan la tarea primaria y hacen que los miembros participantes comiencen a preguntarse ¿Qué estoy haciendo acá? ¿Para qué me sirve seguir acá? Pregunta que se repite con el tiempo y culmina o en una renuncia o en abandono del espacio institucional, ya que resulta frustrante el no poder construir diariamente la identidad personal; o también en una inhibición sistemática de todo pensamiento en el espacio institucional. El sufrimiento puede ser tolerado cierto tiempo, luego, y siempre que la persona pueda, va a ser contrarrestado por la asunción de otra actividad que sea menos frustrante.

Se podría pensar en una larga lista de prácticas de instituciones psicoanalíticas que mostrarían el distanciamiento de la tarea primaria. Vale decir, la misión de investigación sobre el inconsciente - su tarea primaria - ha quedado a un lado frente a las "urgencias" de la burocracia.

Otro aspecto podría ser el afán de normarlo todo, imaginario que supone la necesidad de control de cierto imaginario del caos.

Tómese en cuenta que la pasión que supone la misión es alentadora de la realización de proyectos que concitan entusiasmo, disposición y compromiso de manera espontánea, vale decir, la fuerza instituyente. Esto supone la conformación de un cierto equipo que se dedica a llevar adelante el objetivo, en un orden natural que proviene de la propia autorregulación del equipo. Querer regular el empuje instituyente es sencillamente matarlo. Como muestra Mühlmann (1968), mientras hay proyecto, pasión, no hay necesidad de institucionalizar nada. La institución nace cuando la pasión, la profecía decae, al punto de sostener que la institución supone ya la ausencia de pasión. La Institución está en lugar de una ausencia.

Se pretende mostrar que la normativización de las tareas, la protocolización de los procedimientos no van en la línea de la misión sino que se apartan de la realización de la tarea primaria, lo que es productor de sufrimiento en todos los participantes. La creación de una nueva normativa es incrementar el sufrimiento, ya que limita de manera drástica la dirección de la realización del proyecto institucional.

Agréguese a lo anterior que el acto de normar supone para la institución eliminar las diferencias individuales, ya que realiza una unificación abstracta de personas que son radicalmente diferentes. Da la casualidad de que el psicoanálisis se encarga de trabajar las diferencias - Freud enfatizó este aspecto - y de reconocerlas, por lo que una institución que norma tiende a eliminarlas constituyendo un ataque narcisista. ¿No es esta una contradicción? Al suprimir diferencias se tiende a cosificar, pasamos a ser un número, un otro igual al vecino. Esto hierde el amor propio y es productor por tanto de sufrimiento.

En suma, el acto de normar produce sufrimiento en dos sentidos. Por un lado, somete, vale decir introduce violencia en las relaciones entre personas. Por otro, al uniformar cosifica generando un vínculo deshumanizante y por tanto productor de sufrimiento. Y todo ello en una acción que nos distancia cada vez más de la tarea primaria, que en el decir de Kaës es productor de nuevo sufrimiento.

3. El asunto del reconocimiento

Uno de los factores decisivos en la producción de salud mental en todo tipo de trabajo tiene que ver con la función que el reconocimiento cumple en el psiquismo.

Dejours (2013) es muy preciso en mostrar de qué manera, en tanto el trabajo es siempre social y se realiza con otros y para otros, el reconocimiento por la labor realizada resulta fundamental en la producción de identidad, tanto como otorga un lugar de pertenencia en el grupo de referencia.

Dejours habla de dos tipos distintos de reconocimiento: lo que llama el reconocimiento de oficio y el reconocimiento de belleza.

El primero dice del aporte que el trabajador realiza en una organización que lo ha contratado, lo ha incorporado. Es el sentido de utilidad ya que si le pagan por ello es porque de algo ha de servir lo que el trabajador realiza, a alguien ha de serle útil lo que el empleado produce. Es el reconocimiento que se realiza por diversos medios, en el marco de la jerarquía institucional: por medio del salario que percibe, a través de los premios o incluso en el mejor caso explícitamente por mención o indicación de la jefatura inmediata. El reconocimiento es un apuntalamiento narcisístico, libera tensiones, disminuye ansiedades y crea confianza en la organización y en sí mismo.

Pero este reconocimiento es una valoración interesada ya que el trabajador sospecha que en el fondo se busca que se comprometa más con su trabajo y mejore sus niveles de productividad. Es un reconocimiento dudoso en su verdad por cuanto el capitalismo persigue la mayor explotación posible del trabajador. El reconocimiento entonces está atravesado por el interés económico.

El reconocimiento de belleza es aquel que emana del propio equipo de trabajo, es el reconocimiento de los pares quienes, al conocer en profundidad el tipo de trabajo que el operario realiza, son los únicos que están en condiciones de realizar una rigurosa valoración de lo logrado. Dejours lo llama "de belleza" ya que se expresa en un juicio del tipo de "un bonito trabajo" o "un trabajo muy bien realizado".

Este es un reconocimiento que no está atravesado por el factor económico ya que se plantea solamente en el registro de los pares, de los iguales, incluso entre aquellos que realizan el mismo tipo de trabajo y por tanto están interiorizados de las dificultades que el trabajo supone y que el operario reconocido ha podido sortear de manera eficiente.

Es un reconocimiento que ha superado la competencia entre pares así como la envidia que la misma supone. Es el reconocimiento que, al situarse sobre la realidad, muestra admiración.

Las instituciones psicoanalíticas cuentan con pocas instancias en las que algún tipo de reconocimiento pueda manifestarse en parte por la propia naturaleza de la práctica privada, pero también porque es difícil mostrar admiración y en consecuencia gratitud por las aportaciones de algún colega. El clima de rivalidad y competencia señalado por varios autores (Grinberg, 1959; Garma, 1959; Tabak, 1959⁵; etc.), el funcionamiento en subgrupos, los temores a verse expuesto a su propia neurosis, y la necesidad (o pacto) para evitar que alguien pueda sobresalir y destacarse – fuente de malestar – son todos factores que intervienen y que coadyuvan en reprimir toda manifestación de reconocimiento. Muestra Garma (1959) que "La existencia de dichas discordias entre psicoanalistas causa dolor, lleva a los psicoanalistas hasta a dudar de su eficacia terapéutica y les produce una profunda herida en su narcisismo profesional" (p. 354). Entre los candidatos la búsqueda de reconocimiento recae en la figura del supervisor, ya que entre pares opera una suerte de reconocimiento negativo "este sabe menos que yo" en lugar de "Fulano ha aprendido mucho, lo hace muy bien".

Con el analista didáctico la relación no es mejor. Garma (1959) sostiene que la curación es más radical en los análisis comunes que en los análisis didácticos ya que "el tratamiento no es buscado directamente por el futuro psicoanalista y se realiza en circunstancias desfavorables". También ocurre lo contrario: Baremlitt (1974) le agradece a Rodrigué haberlo analizado "a pesar de haber sido su didacta". Para Garma, las dudas acerca de haber sido bien o mal analizado aparecen proyectadas en otros analistas.

⁵ E. Tabak menciona que el grupo analítico es utilizado como pantalla de proyección de diversas fantasías. Expone varias; entre ellas: "Entre los analistas reina promiscuidad, sus relaciones afectivas son poco sólidas, existe mucha agresión entre los diversos subgrupos".

Entre los analistas hay una suerte de pacto de silencio que se apoya en la ausencia de espacios de debate de ideas y de discusiones profundas sobre cuestiones doctrinarias y clínicas. Algunos autores muestran que los actos administrativos son leídos con sospecha, lo que genera evitar todo tipo de juicio en el mejor de los casos. Las luchas de poder al interior de la institución coartarán toda manifestación de reconocimiento para evitar valorar ante terceros las posiciones contrarias.

4. El psicoanálisis como profesión liberal

La profesión de psicoanalista es considerada la última de las profesiones liberales. El ejercicio de todas las otras profesiones está cada vez más inserto en espacios institucionales, lo que va a determinar las posibilidades de movilidad del profesional.

Tal vez el psicoanálisis, por su especificidad, no se avenga a estar institucionalizado. En todo caso, no son pocas las restricciones que la práctica analítica tiene en consultorios de salud mental, en hospitales y en espacios comunitarios, ya que tanto en organizaciones privadas como públicas se pretende encasillar la práctica del psicoanálisis en modelos formales que trastocan irremediablemente su ejercicio. Ya se mencionaron las discusiones en torno a su inclusión en los seguros de salud en Europa, hay una amplia gama de requerimientos formales, de control, que pervierten su ejercicio y sus alcances.

Claro está que la institucionalización en entidades públicas o privadas tiene sus ventajas, aquellas propias de cierta seguridad laboral que provee la situación contractual, obteniendo por esta vía las garantías y derechos laborales de otros especialistas. Habría que estudiar si dicha seguridad no va en detrimento del análisis mismo.

De lo que aquí se trata es de analizar los aspectos de su práctica que producen malestar y sufrimiento y que hacen a su ejercicio como profesional liberal, en el entendido de que la profesión liberal está también normada, aunque de otra manera que aquella de las instituciones del Estado y del sistema. En este sentido, el contrato analítico mismo es una fuente de preocupación y sufrimiento. El analista trabaja con un contrato que puede ser interrumpido en cualquier momento sin consecuencias económicas para el paciente. La ausencia de pago para el mes de vacaciones ha generado no pocas expresiones de preocupación. Hay analistas que han incluido el pago del mes de vacaciones en el contrato, lo cual contradice el principio de que si no trabaja no cobra.

Otro tanto ocurre con el asunto de las enfermedades: El postulado de “sus gripes se las paga Ud., las mías me las pago yo”⁶, si bien tiene la ventaja de hacer visible para el paciente la no autorización a la enfermedad como formación sustitutiva, de igual modo deja inerme al analista ante sus propias gripes. El analista no cuenta con seguro de salud.

Solamente un sector relativamente pequeño de analistas de mucho prestigio, didactas en aquellas sociedades que existe esta función, y que se encuentran a su vez provistos con pacientes de clases sociales acomodadas, están seguros de sus ingresos mensuales. La gran cantidad de analistas en proceso de formación, o que comparten trabajo en instituciones de salud o que a su vez no están insertos en circuitos de derivación sistemática de pacientes⁷, mantienen inquietudes permanentes en torno al monto mensual de ingresos.

Un tema de consideración lo constituye la situación de interrupción del tratamiento que puede tener lugar por una infinidad de causas (pérdida del trabajo, radicación en el extranjero o viajes largos, situaciones particulares familiares, o incluso transferencia negativa), lo que significa una baja considerable en los ingresos del analista. El analista no cuenta con seguro de paro. Peor aun es cuando el analista ha de continuar trabajando hasta el fin de sus días o “mientras el cuerpo aguante”, ya que el analista también está expuesto a enfermedades de la vejez que pudieran impedirle continuar ejerciendo. No hay seguro de invalidez ni jubilación.

II.- Algunas conclusiones

Los diferentes ejes desarrollados en este trabajo pretenden dar cuenta de situaciones complejas que afectan a los psicoanalistas en su ejercicio profesional. Todas ellas y seguramente algunas otras no consideradas en este artículo, son productoras de sufrimiento en diversos grados cuya incidencia en su ejercicio profesional ha de ser considerada.

6 Esta fórmula tiene su origen en Santiago Ramírez, fundador de la Asociación Psicoanalítica Mexicana.

7 Uno los mecanismos de la derivación de pacientes tiene que ver con la vinculación a grupos de psiquiatras. En estos casos habría que estudiar cuáles son las limitaciones que la psiquiatrización del paciente implica para su análisis, más allá de que el paciente ha de quedar circunscrito a un acuerdo tácito entre psiquiatra y analista a los efectos de mantenerse en control psiquiátrico. Complicado resulta analizar en este caso la dependencia farmacológica y psiquiátrica.

Es sorprendente que la bibliografía existente sobre el tema sea tan exigua, lo cual pone de manifiesto, por un lado, el desinterés por el tema; por otro, una suerte de pudor por reconocer la existencia permanente de estos tipos de sufrimiento. No nos interesa hipotetizar en este sentido desde la perspectiva individual, ya que eso hace a situaciones particulares de cada quien. Lo que preocupa es la actitud "gremial" de los psicoanalistas como profesión y sobre todo en tanto institucionalizados en sociedades, asociaciones, círculos, etc., por cuanto se trata de conductas corporativas que quedan en el registro de lo no dicho institucional, probablemente para sostener un determinado lugar de ideal hacia la institución misma y hacia la sociedad en general.

Los psicoanalistas en general y sobre todo las sociedades han realizado en el mejor de los casos una lectura intrapsíquica del problema como si dicha lectura agotara todo lo que hay que decir al respecto, lectura psicoanalítica de sí mismos contraviniendo aquello que decía Freud, en el sentido de cuidarse de que el psicoanálisis se convierta en una concepción de mundo. Pues bien, ese es casualmente el problema ya que se ignoran otros desarrollos teóricos que pueden dar cuenta de aquello de lo cual el psicoanálisis no puede dar cuenta. Pero que el psicoanálisis no pueda dar cuenta no significa que no exista. La herramienta analítica tiene sus límites. Estos límites tienen que ver con la distancia y diferencia radical entre contratransferencia e implicación. La primera dice de una escena, la segunda de la pertenencia a una institución. Para los psicoanalistas, la implicación y la sobreimplicación no existen, ya que no es pensable con las herramientas psicoanalíticas.

Este proceder tiene efectos, ya que mantiene la práctica del psicoanálisis en un territorio secreto y privado no por un asunto de ética profesional con respecto al paciente, sino como garantía de seguridad para el propio analista, como forma de protección de su saber y sobre todo de su no saber con respecto al paciente y a sí mismo, fuente de montos no despreciables de angustia.

Referencias

- Abadie, M. (1959). "El grupo psicoanalítico como sociedad secreta", en Revista APA, T. XVI, N° 4, pp. 407-416.
- Balint, M. (1948). "On the Psycho-analytic Training System", en International Journal of Psychoanalysis, Vol. 29, Part III, pp. 163-173.
- Baremlitt, G. (1974). El concepto de realidad en psicoanálisis. Buenos Aires: Editorial Socioanálisis.
- Bernfeld, S. (1962). On Psychoanalytic Training. Psychoanalytic Quarterly.
- Dejours, C. (2017). "La sublimación entre el sufrimiento y el placer en el trabajo." En Foladori, H y Guerrero, P. Malestar en el trabajo. Desarrollo e intervención. Santiago de Chile: LOM Editores.
- Dejours, C. (2013). Trabajo vivo (Tomo II). Buenos Aires: Editorial Topía.
- Foladori, H. "La conducción de los equipos de salud: entre la autoridad y el autoritarismo", en Revista Castalia, año 2012, N° 22, pp 73-83.
- Freud, S. (1918). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En Strachey, J. (1976). Obras Completas, Vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En Strachey, J. (1976). Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Garma, A. (1959). "Algunos contenidos latentes de las discordias entre psicoanalistas", en Revista APA, T. XVI, N° 4, pp. 354-361.
- Grinberg, L (1959). "Vicisitudes de las relaciones entre analistas y sus motivaciones", en Revista APA, T. XVI, N° 4, pp. 368-379.
- REV INTERCAM PSICOANAL, 2008, VI (1): 1-149
37
- Jacques, E. (1979). Los sistemas sociales como defensa ante las ansiedades persecutoria y depresiva. En Klein, M. Obras Completas, Vol. 4. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1989). Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones. En Kaës, R. et al. (1989). La institución y las instituciones. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1998). Sufrimiento y psicopatología de los vínculos instituidos. En Kaës, R. et al (1998). Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales. Buenos Aires: Paidós.
- Langer, M. (1963). "Dificultades psicológicas del psicoanalista principiante", en Revista APA, Vol. 20, pp. 333-345.
- Lieberman, D. (1959). "Actuación y realización en las relaciones humanas entre analistas", en Revista APA, T. XVI, N° 4, pp. 423-431.
- Lourau, R. (1983). El Estado y el inconsciente. Madrid: Kairós.
- Lourau, R. (1971). El psicoanálisis en la división del trabajo. En La institución del análisis, Cuaderno 26. Barcelona: Anagrama.
- Mühlmann, W. (1968). Messianismes Révolutionnaires du Tiers Monde. París: Gallimard.
- Nacht, S., Lebovici, S., Diatkine, R. (1961). "Training for Psychoanalysis", en International Journal of Psychoanalysis, Vol. 42, pp. 110-115.
- Rodrigué, E. (1977). El paciente de las 50.000 horas. Madrid: Fundamentos.
- Tabak, Elizabeth (1959). "Fantasía y realidad en las relaciones entre analistas", en Revista APA, T. 16, N°1, pp. 342-345
- Thompson, C. (1959). "Un estudio del clima emocional de los institutos psicoanalíticos", en Revista APA, T. 16, N° 1, pp. 49-57.